

## Carta desde Inglaterra Sobre poetas laureados

Jordi Doce

¿Quién será el próximo *Poet Laureate*? Ésta es la pregunta que asoma una y otra vez a las muy parcas páginas de cultura de los diarios ingleses desde que la inesperada muerte de Ted Hughes acaparara sus titulares a finales del pasado octubre. Fiel a su amable lema de «a rey muerto, rey puesto», el gremio periodístico no tuvo inconvenientes en combinar la necrológica del autor de *Birthday Letters* con cábalas tempranas sobre su posible sucesor (o sucesora). Aún no se había apagado el eco de una muerte de la que tardaríamos en reponernos, por inesperada, por incongruente con la figura vigorosa de su víctima, cuando ya había columnistas entretenidos en confeccionar ingeniosas listas de méritos y candidatos. Como no es función de los diarios reflejar la actualidad sino crearla, *The Guardian* se apresuró a proponer a la sexagenaria U. E. Fanthorpe para el cargo, respaldando su propuesta con la publicación en portada de una oda en honor del cincuenta cumpleaños del Príncipe Carlos. Puede extrañar que un diario que se dice de izquierdas muestre tanto interés por un título de ineludibles resonancias regias, pero ya se sabe que el populismo no atiende a razones ni distingos. Desde entonces, no ha habido medio de comunicación que no haya expresado su preferencia, barajando nombres de poetas como si de caballos de carreras se tratara. El símil tiene más miga de lo que parece, puesto que las casas de apuestas han hecho fortunas con el afán de juego del respetable, y nombres como Seamus Heaney, Derek Walcott, Tony Harrison o Andrew Motion han salido del *ghetto* al que suelen estar confinados para pasearse con asombro por los ojos de jugadores ansiosos de engordar su economía. Nadie se ha guardado su opinión: hasta la por otra parte simpática Mo Mowlam, ministra encargada de lidiar con el campo de minas del Ulster, tuvo a bien informarnos de que su elegido era Paul McCartney, tal vez en consonancia con las directrices del nuevo laborismo, que aconsejan salpicar las declaraciones con referencias de corte popular. El hecho de que resulte difícil (por no decir imposible) destacar las aportaciones de Sir Paul McCartney a la poesía contemporánea, no parece tener demasiada importancia: el caso es simular una sencillez de trato y de palabra que no espante al muy filisteo electorado británico. Aunque las decla-

raciones de Mo Mowlam provocaron un regocijo unánime en los medios de comunicación, no se piense que los periodistas han llevado la discusión por predios mucho más sofisticados. Si es cierto lo que dicen y escriben con infinito aplomo, la lista de méritos para el cargo es amplia y diversa: ser asiduo de los cursos de creación literaria, tener simpatías por el partido laborista, pertenecer a una minoría racial, vender mucho... Menos importancia tiene ser buen poeta, a juzgar por la ausencia repetida de nombres como Geoffrey Hill, Anne Stevenson o Charles Tomlinson de las predicciones. En una discusión gobernada por políticos y periodistas (y entre estos últimos incluyo a los muchos escritores disfrazados de columnistas de lujo para ganarse el pan) no se puede pretender que los valores juzgados sean otros que el éxito mundano o el económico. Derek Walcott y Seamus Heaney son estupendos poetas, sin duda, pero junto a ellos aparecen luminarias como Simon Armitage, jovencito de verbo endeble e ingenioso, o incluso Wendy Cope, cuyo talento para la parodia y la broma versificada tal vez le asegure un futuro como redactora de tarjetas de felicitación. Para el grueso de la sociedad inglesa, la poesía no es otra cosa que una reescritura más o menos elegante de lugares comunes (sospecho que esto es así en todas partes, pero la aparición ocasional de espléndidos maestros del cliché como Thomas Hardy y Philip Larkin hace de este país un caso singular). Si sumamos a esta concepción del poema el aura abaratadora del populismo, tenemos un cóctel de imprevisibles consecuencias. Sin duda, hablar sobre quién será el nuevo *Poeta Laureado* es la única oportunidad que tienen muchos de participar en un mundo cada vez más alejado de sus vidas. Pero se ha borrado ya hasta tal punto la escala de valores que permitía distinguir el artículo genuino de la impostura, que uno asiste entre divertido y alarmado a verdaderos diálogos de besugos en los que la ignorancia campa por sus respetos. Hace poco más de un año, el flamante Secretario de Cultura del gobierno laborista comparó con mueca impertérrita a Keats con Bob Dylan, destacando la preeminencia del cantautor norteamericano sobre el tísico de Hampstead. No parece que a este ilustre caballero le sirviera de mucho su paso por la universidad, donde tal vez nadie le hizo saber que hay términos que no admiten comparación, pues pertenecen a órdenes distintos. Pero dio lo mismo: muy pronto hubo debates periodísticos en los que plumas de injustificado prestigio ponderaban las virtudes y méritos comparados de Dylan y Keats, y fueron muchos los que aprovecharon la ocasión para criticar con palabras amargas la dictadura de una literatura clásica cuya falta de lectores sería el signo más palpable de su escasa o nula relevancia. No hay de qué sorprenderse: esto es lo que sucede cuando la jerga periodística fagocita los lugares comunes de la más rabiosa teoría literaria, aunque a uno no le importaría que esa misma avidez se destinara a los libros ignorados por la

moda. En cualquier caso, el debate en torno a la elección del nuevo *Poet Laureate*, sin duda alguna trivial, ha sido una nueva excusa para la confección de perlas mundanas ante las que uno no sabe si reír o llorar. Pero no adelantemos acontecimientos y hagamos antes un poco de historia literaria.

En realidad, el cargo de *Poet Laureate* es uno de esos elementos peculiares de la cultura inglesa sin los cuales la vida en este país sería otra cosa. Tal vez lo más curioso haya sido la supervivencia del título hasta nuestros días, en los que no hay más realeza augusta que la de los cuentos de hadas o las películas de Disney. En realidad, en su origen se trató de una distinción vitalicia que premiaba el conjunto de una carrera literaria, y el primero en ser merecedor de este título fue Ben Jonson, cuya obra medida y mesurada pedía a gritos el refrendo real. Pero no fue hasta 1668, gracias a los desvelos de John Dryden, cuando el título se convirtió en un puesto oficial con cargo a la Casa Real, aunque entonces, como hoy, el oficio de poeta fuera remunerado con los restos: una botella anual de oporto, y los beneficios del patronazgo real (no siempre evidente, por cierto). A cambio, el *Poet Laureate* tenía la obligación de componer poemas y odas con motivo de acontecimientos de índole oficial. Hasta fechas relativamente recientes, la designación de un *Laureate* era asunto interno de la Casa Real; hoy en día, no obstante, corre de cuenta del gobierno electo designar un sucesor, que luego la Casa Real adopta con antigua ceremonia. En cualquier caso, hace tiempo que la obligación de escribir poemas de ocasión fue arrumbada, sabia medida que delata, tal vez, la presencia de algún alma sensible entre la realeza, harta de ser la causa de tanto ripio irredimible.

Una lectura de la lista de los escritores distinguidos con el título de *Poet Laureate* depara algunas sorpresas. Como en el caso de los Nobel de literatura, vuelve uno a concluir que poesía y poder (o poesía y reconocimiento oficial) son términos mal avenidos. ¿Dónde están Pope, Gray, Blake, Browning, Hardy, Auden, los poetas que constituyen a nuestros ojos lo mejor de la poesía inglesa? Con las excepciones de Wordsworth, Tennyson, Cecil Day-Lewis y Ted Hughes, el resto de la lista la componen poetas hábiles pero medianos como Robert Southey, Robert Bridges (al que recordamos, sobre todo como amigo y «descubridor» de Gerald Manley Hopkins), John Masefield y John Betjeman, y nulidades absolutas como los nueve restantes, de nombres bisilábicos e intercambiables: Shadwell, Tate, Eusden, máscaras tras las que se esconde la mediocridad propia de cada época, y cuyos poemas ni siquiera han merecido acumular polvo en las librerías de viejo. Entre ellos, Alfred Austin, que fue *Poet Laureate* de 1896 a 1913, tiene un lugar de honor: autor de veinte volúmenes de versos pastorales y patrióticos, su obra sobrevive hoy gracias a las múltiples parodias de que fue objeto; nadie recuerda ya que su nombramiento vino de la mano